



EL CONSPIRADOR

Devocional de Los Perseveradores

En la vida uno conoce personas de todo tipo, unas son amables, sinceras, conflictivas, problemáticas y ahí podríamos seguir con la lista, pero las más peligrosas son las mal intencionadas. Ese tipo de gente, que le gusta conspirar contra el prójimo, para lograr sus perversos fines mueven todas sus "fichas" de manera estratégica, con el fin de que su posición laboral, social o religiosa no se vea afectada.

En la Biblia tenemos el triste caso del sumo sacerdote Caifás. Este hombre llegó a ostentar el cargo religioso más alto, esa posición la había heredado de su suegro Anás. Dondequiera que ingresaba Caifás era reverenciado, escuchado y respetado. Conocía el Antiguo Testamento, enseñaba y disertaba públicamente con la cúpula del Sanedrín, sus criterios prevalecían, eso hizo que su ego se inflara.

Sin embargo, cuando Caifás se enteró que había un predicador llamado Jesús de Nazaret, que enseñaba el amor de Dios, proclamaba las buenas nuevas, que sanaba enfermos y que había resucitado a Lázaro (lea Juan 11) perdió la paz, porque el sumo sacerdote no soportaba escuchar nada acerca de la obra evangelizadora del Señor, cuestionaba todo: sus milagros, sus mensajes y su testimonio, al punto que conspiró junto con algunos de los ancianos, para tenderle una trampa al Señor y poder condenarlo a morir en una cruz.

¡Qué ironía, quién se suponía que debía conocer más a Dios, era la persona que no soportaba verlo!

Veamos parte de su currículo:

- Sumo sacerdote (mantuvo su posición

durante toda la administración de Poncio Pilato).

- Líder de la secta de los saduceos (movimiento religioso que no creía en la resurrección de los muertos).
- Conspiró para lograr la condena y muerte de Cristo.
- Después de la muerte y resurrección del Señor Jesucristo, Caifás persiguió a la iglesia cristiana primitiva, prohibiéndoles enseñar acerca de Jesús.

¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre. (Hechos 5:28-29)

Caifás nos recuerda que ostentar un cargo importante en una religión no salva, ni los reconocimientos públicos, ni los aplausos, ni la pleitesía que brinde la congregación, ni siquiera el tener una silla en el área del púlpito sirve para poder ingresar al Cielo. Solamente la fe en el Señor Jesús puede darnos el acceso a ese lugar tan especial que Dios ha preparado para los que aman a su Hijo amado.

Para finalizar, recuerde lo que le pasó a Caifás, por su negligencia y por ser tan orgulloso se perdió la bendición de defender al Señor, no lo reconoció como su Señor y Salvador, le preocupó más la popularidad que el destino eterno de su alma y, lo peor de todo, tuvo a Dios al frente suyo, no lo reconoció y más bien lo condenó.

©2010 LOS PERSEVERADORES